



**Mennonite
World Conference**

A Community of Anabaptist
related Churches

**Congreso
Mundial Menonita**

Una Comunidad de
Iglesias Anabautistas

**Conférence
Mennonite Mondiale**

Une Communauté
d'Eglises Anabaptistes



Reunidos en Uno

Thomas R Yoder Neufeld

Como fue presentado al Concilio General del Congreso Mundial Menonita, Limuru, Kenia, el 25 de Abril del 2018

Parte II “La Unidad del Espíritu – la creación del cuerpo y el templo”

En la primera presentación, nos enfocamos en el énfasis que Efesios pone en la unidad para nuestra comprensión de los propósitos de Dios, de la misión de Cristo y de la iglesia como su cuerpo, la nueva “humanidad”. Hablamos de Dios el Padre reuniendo “todas las cosas” en y a través del Hijo, Jesucristo, como se expresa en Efesios 1,10.

Con frecuencia notamos que Efesios 2,11-22, el gran texto de paz que miramos más de cerca, es en sí mismo muy trinitario. Escuchen el versículo 18: Pues por medio de *Cristo*, los unos y los otros [judíos y gentiles] podemos acercarnos al *Padre* por un mismo *Espíritu*. Padre, Hijo y Espíritu Santo. El “mismo” Espíritu lleva a todos aquellos a quienes el Hijo ha reunido derribando muros y entregando su vida (forasteros y enemigos, judíos y gentiles, miembros y excluidos, familiares y extraños, amigos y enemigos, los de cerca y los de lejos) a la presencia de su Padre, el Creador que es “padre de toda familia en el cielo y en la tierra” (3,14). Cada dimensión imaginable de Dios está comprometida con esta gran obra de paz que es la reconciliación y la nueva creación.

Hace unos días se nos recordó en Kisumu que “el Espíritu Santo nos transforma”, ese fue el tema en el evento de *Renovación 2027* del CMM para el 2018. Ahora deseo continuar con ese tema haciendo del Espíritu el punto focal de nuestra discusión sobre la unidad y la diversidad, nuevamente basándome en Efesios 2,11-22, y de una manera más limitada en el 4,3.

Espíritu (*ruaj/pneuma*) – energía, aliento, viento

“Espíritu” es una de nuestras palabras más evasivas. Resulta que puede haber una buena razón para ello. La palabra hebrea para Espíritu es “*ruaj*”; en griego es “*pneuma*”. Usaré los términos hebreo y griego por razones que se harán bastante obvias.

En algunos casos, *ruach/pneuma* se entiende mejor como energía invisible y poderosa: la energía que obra en la creación. Pensemos en Génesis 1, 2, donde la *ruaj* de Dios se mueve sobre la creación aún no formada. O podríamos pensar en ello de manera más general como la energía de Dios haciendo que las cosas sucedan. Recordamos el “sermón” de Jesús en la sinagoga de Nazaret en Lucas 4, en donde éste toma las palabras de Isaías 61 y las aplica a sí mismo:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado
para llevar la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a anunciar libertad a los presos
y dar vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a anunciar el año favorable del Señor”. (18-19)

Hoy en día podríamos pensar en *ruaj/pneuma* como electricidad: no se puede ver, pero como poder o energía, hace que las cosas sucedan. El artículo 5 de las *Convicciones Compartidas* habla por tanto de que “El Espíritu de Jesús nos llena de poder”. Las *Convicciones Compartidas* concluyen con “procuramos caminar en su nombre por el poder del Espíritu Santo”. Entonces, *ruaj/pneuma* es poder, energía.

En otras ocasiones, *ruaj/pneuma* está relacionado con la autoridad. Hablamos, por ejemplo, de Escrituras “inspiradas” o “infundidas de vida”. Conocemos bien 2 Timoteo 3, 16: “Toda Escritura es inspirada por Dios, [literalmente con el espíritu de Dios], y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y educar en una vida de rectitud”. Es porque creemos que el Espíritu de Dios ha dado vida y autoridad a las palabras de la Biblia que buscamos escuchar la voz de Dios que se dirige a nosotros en la Biblia. Y, como nos recuerda el artículo 4 de las *Convicciones Compartidas*, el Espíritu está presente en la comunidad que lee la Biblia juntos.

Pero a veces *ruaj/pneuma* se refiere a “respiración”. Aquellos de nosotros que fuimos a la iglesia menonita de Obwolo el domingo recordamos al obispo Maurice predicando sobre Ezequiel 37. En ese gran pasaje, el profeta es llevado “por el Espíritu [*ruaj*] del Señor” al valle de los huesos secos, que representan las esperanzas y los sueños destrozados del pueblo en el exilio, en dispersión. Permítanme leer algunos extractos de ese dramático evento en el que Dios y el profeta Ezequiel tienen un encuentro, en el que Dios se dirige al profeta (37,4–14).

“Habla en mi nombre a estos huesos. Diles: huesos secos, escuchen este mensaje del Señor. Voy a hacer entrar en ustedes aliento de vida [*ruaj*], para que revivan. Les pondré tendones, los rellenaré de carne, los cubriré de piel y les daré aliento de vida [*ruaj*] para que revivan. Entonces reconocerán ustedes que yo soy el Señor”. [...] Habla en mi nombre al aliento de vida [*ruaj*], y dile: “Así dice el Señor: Aliento de vida [*ruaj*], ven de los cuatro vientos [*ruaj*] y da vida a estos cuerpos muertos”. [...] “Esto dice el Señor: Pueblo mío, voy a abrir las tumbas de ustedes; voy a sacarlos de ellas y a hacerlos volver a la tierra de Israel [...] Yo pondré en ustedes mi aliento de vida [*ruaj*], y ustedes revivirán; y los instalaré en su

propia tierra. Entonces sabrán que yo, el Señor, lo he dicho y lo he hecho. Yo, el Señor, lo afirmo”.

Quiero que noten que en este gran texto de resurrección y regreso a casa, la misma palabra, *ruaj* en hebreo y *pneuma* en la antigua traducción griega judía, se traduce al español con tres palabras: “aliento”, “viento” y “espíritu”.

Será importante recordar que *ruaj/pneuma* también puede significar “viento”. En su conversación nocturna con Nicodemo en Juan 3, Jesús hace esta conocida declaración:

“El viento [*pneuma*] sopla por donde quiere, y aunque oyes su ruido, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así son también todos los que nacen del Espíritu [*pneuma*]”.

Los traductores al inglés y al español traducen la misma palabra, *pneuma*, como “viento” y como “espíritu”. No vemos el viento, pero podemos ver lo que hace. Es ruidoso, sacude las cosas, hace que las cosas vuelen. Estamos familiarizados con el lenguaje de nacer de nuevo o de lo alto, que proviene de esta misma conversación entre Jesús y Nicodemo. ¿Pero pueden imaginarse a ustedes naciendo del viento? ¿Alguna vez han imaginado la iglesia de esa manera?

La unidad del Espíritu

Juntemos todo esto en relación a cómo nos arroja luz sobre nuestro tema de la unidad y la diversidad.

1. El Espíritu como *energía* o *poder*

Primero, la energía que alimenta al sol que da vida a cada parte de la creación, es la energía que obra en la salvación, en la construcción de la paz de Dios, en la creación de Dios de la nueva humanidad. El creador del universo es quien *vuelve a crear* “todas las cosas” en Cristo. Recordemos el 2,18: Nosotros *juntos*, judíos y gentiles, miembros antiguos de la familia y extraños, cercanos y lejanos, somos llevados a la presencia de nuestro Padre en común, “en y mediante *un solo* Espíritu”. El Espíritu es la energía del viento que impulsa este asombroso acto de nueva creación, en el que los huesos secos de quienes están muertos en sus pecados, sospechas y hostilidades se levantan *junto* con Cristo, como lo dice el versículo 2,4, salvos *juntos* por gracia (vv. 5,8), creados *juntos* por el artista de la nueva creación para que hagamos buenas obras (2,10). En Aquel que es nuestra Paz, todas las cosas cobran vida y se reconcilian entre sí y con su creador, *juntas* transformadas en la nueva humanidad. El “Espíritu” es la fuerza vital, la energía de la creación dando vida a la iglesia, de hecho, a “todas las cosas” reunidas en Cristo. Es la energía que resucitó a Cristo y que nos resucita con él (1,19-20).

Permítanme leer las palabras de Pablo en Romanos 8,11 y 14, destacando este aspecto de *pneuma*:

Y si el Espíritu (energía) [*pneuma*] de aquel que resucitó a Jesús vive en ustedes, el mismo que resucitó a Cristo dará nueva vida a sus cuerpos mortales por medio del Espíritu de Dios (poder creador) [*pneuma*] que vive en ustedes.

Todas las personas quienes son guiadas por el Espíritu de Dios (energía) [*pneuma*], son hijos e hijas de Dios

La comunidad de quienes antes eran personas extrañas y enemigas es, como la visión de Ezequiel de los huesos secos, la nueva humanidad reunida en un solo cuerpo por el Creador. Con la pascua todavía reciente en nuestra memoria, es importante reconocer que la iglesia es ante todo resurrección, nueva creación, nueva humanidad: la energía del Creador en acción.

La muerte de Cristo, Cristo haciendo la paz entre personas extrañas y entre estas y Dios muestra al Creador, quien no se da por vencido con la creación, sino que la ama hasta renovarla, como nos recuerda Juan 3,17.

2. El Espíritu como *aliento*

El cuerpo de Cristo respira como uno solo. Esta es una imagen poderosa y dinámica de unidad. “Hay un cuerpo y un *pneuma*, un aliento” (Efesios 4,4). En un eco de Ezequiel 37, como aquellos que una vez estuvimos muertos (Efesios 2,1), ahora, en Cristo, respiramos el *único* aliento de vida, *junto* con aquellas personas que en el pasado conocimos tan solo como extrañas y enemigas, con quienes estamos *juntos* convirtiéndonos en la nueva humanidad, *junto* con aquellos que nos dificultan la vida en el seno de la nueva creación. Efesios 4,3 llama exactamente a esto “la unidad del Espíritu”. Nosotros podemos llamarlo la unidad de aquellos que respiran como uno.

3. EL Espíritu como *viento*

Espíritu significa “viento”, el viento de Dios. Claramente nosotros no controlamos este viento. Como en la imagen de Jesús en Juan 3, el viento sopla por donde quiere, y los nacidos del viento soplan por donde quieren. Por lo tanto, deberíamos esperar que la “unidad del Espíritu” sea turbulenta, que trastorne los antiguos arreglos, que derrumbe los muros de división, que las viejas certezas cedan ante esta tormenta de gracia. Todo lo anterior para hacer un espacio para los de “lejos” en la presencia de Dios. Lo que llamamos el Espíritu es la turbulencia de Dios creando de nuevo: un huracán de gracia, una tempestad de amor.

Quizás lo más inquietante es que aquellas personas quienes están separadas y son hostiles entre sí están siendo juntadas por este viento. A los creyentes judíos de antaño se les pide que reciban y acepten a los gentiles que antes eran impíos como miembros de la familia, como hermanos y hermanas, que todavía están en proceso de re-creación. Los gentiles tienen que recibir y aceptar a los hermanos y hermanas judíos más antiguos y llenos de sospechas. Sin embargo, este texto nos recuerda que esta unidad cargada de conflictos es obra del Espíritu; es creación, no destrucción, por mucho que se haya sentido como tal. Esta es la naturaleza de la unidad del Espíritu, un viento que continúa abriendo las ventanas y las puertas para incluir todos los pedazos rotos de la humanidad, es más, de la creación. Así es como la paz luce en el presente. Así es como se ve la vida que surge. La nueva humanidad quiere nacer, respirar, pero es una nueva humanidad creada a partir de “todas las cosas”, incluyendo a aquellos que no se llevan bien, que no están de acuerdo, cuyos hábitos de vida son pecaminosos y alienantes. ¡Y, a medida que el viento sople más fuerte y entre más se acumulen cosas esto solo se volverá más desafiante! ¡La gracia de Dios se asegurará de que así sea!

El cuerpo de Cristo, el vientre en el que se forma el nuevo ser humano

Dos imágenes en nuestro texto capturan lo que está creando el Espíritu. Una es la del cuerpo. Todavía tendrán en mente la foto del gran tapiz de Cristo de la Catedral de Coventry que les mostré en la presentación anterior. Estamos muy familiarizados con esta imagen. Tanto en Romanos 12 como en 1 Corintios 12, Pablo usa la imagen del cuerpo para ayudarnos a lidiar con la diversidad de dones que el Espíritu otorga al cuerpo. Se nos enseña a valorar las diferencias de la misma forma en que estamos agradecidos de que nuestros cuerpos tengan una variedad de miembros y órganos.

Pero aquí en Efesios 2,16, el “cuerpo” es una imagen de la paz turbulenta que junta a extraños y a enemigos *por igual* (junto con todo lo que causo que lo fueran) en el mismo espacio en el que Dios está creando la nueva humanidad. Es un cuerpo que es... ¡Diseñado por Dios! – constantemente puesto a prueba mediante la incorporación de nuevos miembros. Ellos todavía

no saben cómo caminar, ni cómo caminar juntos. En este caso, el cuerpo es puesto a prueba no por la hermosa diversidad de la que habla Pablo en 1 Corintios 12, sino por la problemática diversidad de hábitos y tabúes profundamente arraigados que hacen que la vida compartida a veces sea enormemente difícil.

No es el caso que nos entendamos, y mucho menos nos agradeamos mutuamente en el momento en que la gracia de Dios nos ha encontrado y nos ha traído al cuerpo. Aquello que aleja a unas personas y grupos de los otros y de Dios no desaparece instantáneamente. El proceso de nueva creación es largo. Hablaremos más de esto en la próxima presentación, pero aquí solo quiero recordarnos que lo que constituye el cuerpo de Cristo es la humanidad quebrantada y enferma “salvada por gracia”, en proceso de ser restaurada y renacida en una nueva humanidad. Dios crea la “nueva humanidad” a partir de la “antigua humanidad” enferma y quebrantada. Eso es lo que significa “salvos por gracia”. Como dice Pablo en Romanos 5, 6. 8 y 10: “Cuando aún éramos débiles, pecadores y enemigos”, Dios hizo la paz con nosotros a través de la muerte de Cristo por nosotros.

Por tanto, la imagen del cuerpo de Cristo es en esencia una imagen de paz y una imagen de misión. La iglesia está más “en paz” (la paz que es la reconciliación y la re-creación de Cristo), cuando se encuentra más involucrada en el acto turbulento e inquietante de la nueva creación, en el que enemigos y extraños se reconcilian entre sí y con Dios. Esa es la obra del Espíritu. La iglesia es *especialmente* el cuerpo del Mesías, el agente de nueva creación de Dios, cuando ella misma está radicalmente comprometida con la reunión de *todas las cosas*: de *todas* las personas.

El templo de Dios: un hogar de material reciclado

Si una imagen en este texto que señala lo que el Espíritu pretende hacer es la del *cuerpo*, la otra imagen es la del *templo*. A Pablo a menudo le encanta mezclar sus imágenes, en este caso la imagen orgánica de un cuerpo junto con la imagen arquitectónica de la construcción. En Efesios 4,16, por ejemplo, Cristo es la cabeza:

Y por Cristo el cuerpo entero se ajusta y se liga bien mediante la unión entre sí de todas sus partes; y cuando cada parte funciona bien, todo va creciendo y *edificándose* en amor.

“Edificar” es una imagen de construcción. En Efesios 2, 20-22, Pablo mezcla las mismas dos metáforas. El cuerpo se convierte en una casa, un templo, el hogar de Dios:

edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular [o cabeza]. En él todo el edificio, bien armado, se va *levantando* para llegar a ser un templo santo en el Señor. En él también ustedes son *edificados* juntamente para ser morada de Dios por su *Espíritu*.

Aquí está el punto más relevante para nosotros: si usted o yo tuviéramos que construir un templo, un hogar para Dios, elegiríamos piedras grandes, hermosas y perfectas; piedras que encajen entre sí, que tengan una apariencia suave y deslumbrante, sin astillas ni grietas, “sin mancha ni arruga”. Las piedras que no encajen, las rechazamos y tiramos a la basura. Después de todo, esta es la casa de *Dios* y debe ser un templo apropiado para el Creador del universo.

Pero eso es exactamente lo que *no* encontramos aquí en Efesios. Este templo se está construyendo “en Espíritu” (2,22), lo cual podemos traducir como “mediante el Espíritu”, “con el Espíritu” o “en el Espíritu”. Este es el mismo Espíritu que da aliento al cuerpo que está formando hecho de extraños y enemigos. El mismo viento que derriba los muros es aquí la energía que impulsa la construcción del templo, el cemento que lo mantiene unido. Porque si vamos a construir un templo con piedras rotas, madera podrida, materiales desechados y rechazados, necesitamos el poder del Espíritu para mantenerlo todo unido.



El Castillo de Jesús de Cano (foto tomada de jimsawthat flickr.com. (Usada con permiso.)

Antonito, Colorado, en los Estados Unidos, y pasamos por un edificio muy sorprendente. Dominic Cano Espinoza construyó su “castillo de Jesús” en agradecimiento a Dios por salvarle la vida cuando era soldado en Vietnam. En construcción constante durante más de 30 años, la edificación se compone de 100.000 piezas de lo que otros tiran a la basura: latas de cerveza, partes de llantas, puertas de malla, ventanas de madera, reflectores de bicicletas y otras cosas más. Me recuerda a 1 Corintios 1,26-28

...Pocos de ustedes son sabios según los criterios humanos, y pocos de ustedes son gente con autoridad o pertenecientes a familias importantes. Y es que, para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo.

¿Escogeríamos usted y yo materiales de construcción tan extraños para construir una casa? Dios lo hace.

Unidad y diversidad

Tanto las imágenes del cuerpo como la del templo son utilizadas para ilustrar la “reunión de todas las cosas” que se encuentra en el corazón de los designios de Dios para la creación (Efesios 1,10). Para que la “unidad del Espíritu” contenga una diversidad infinita.

Una dimensión de esta diversidad es una en la que el Creador se deleita enormemente: la diversidad de raza, cultura, idioma, personalidad, todos los tipos de diversidad que marcan la

vida humana en su máxima expresión. Sin embargo, incluso entonces, por muy positiva que sea dicha diversidad, puede llegar a ser un gran desafío experimentar la unidad. No obstante, esa es la diversidad que el Creador ha puesto en el cosmos, y deberíamos apreciarla como un don. El CMM nos da una muestra de esa maravillosa creatividad divina.

Sin embargo la diversidad que marca el cuerpo de la nueva humanidad, o el hogar de Dios, también es causada por el pecado, tanto individual como colectivo, tanto personal como sistémico. Pensamos aquí en las formas en que nuestras vidas individuales pueden ser deformadas por el pecado y el quebrantamiento. Pero nuestras vidas como colectivo también están formadas a menudo por el racismo, la xenofobia, el colonialismo, la insensibilidad material. Tal diversidad es más peligrosa, a menudo porque la vivimos sin verla ni comprenderla. La traemos con nosotros desde el valle de los huesos muertos. Vemos el mundo y a los demás a través de los lentes que nos dieron allí. Cuando Dios nos reúne, Dios también reúne nuestro quebrantamiento y alienación, y esa diversidad amenaza constantemente la sanación del cuerpo, la construcción del templo.



Pero recuerden, ¡este es el cuerpo de Cristo! Y Él vino por aquellos que necesitan un médico, que necesitan sanidad, como Él les recuerda a los que sospechan de su acercamiento a los “recaudadores de impuestos y pecadores” (Marcos 2,17). Así como un hospital es para personas enfermas, personas enfermas que traen consigo sus heridas y enfermedades, así el cuerpo de Cristo es para la sanidad de las naciones, podríamos decir. Aquellos son por quienes Jesús hizo un esfuerzo especial para reunirlos para sí mismo. Mientras “todas las cosas” aún no se hayan reconciliado y transformado, el “cuerpo perfecto de Cristo” es como un hospital perfecto: lleno de personas quebrantadas y enfermas, pero que están allí para sanarse y restaurarse. En una empresa así no puedes permanecer sin mancha ni arruga, como ilustra esta foto de mi hija Miriam, cirujana en Boston. Con demasiada frecuencia nos

alejamos de la suciedad y la mugre de la humanidad quebrantada para mantener limpio el templo. Creemos que estamos conservando la unidad. Tal unidad deja a Jesús, el médico, solo con los pecadores y los publicanos.

Lo mismo ocurre con un templo de Dios construido con materiales rescatados del montón de basura, donde se encuentran todas las piezas desechadas. Pero esa es precisamente su perfección, su belleza. Es por diseño un sitio de construcción permanente; está “en proceso de construcción”.

Mi primo, Harold Neufeld de Winnipeg, Canadá, me recuerda a Dios. Le encanta usar piezas desechadas y convertirlas en arte a veces bastante humorístico pero siempre hermoso. Un sencillo ejemplo: un hermoso reloj de hecho de restos de madera.

Dios, el arquitecto, debe tener un peculiar sentido de la belleza y del humor, además de un amor insondable para crear con nosotros un hogar para sí mismo. Efesios



Harold Neufeld – imagen usada con permiso

2,10 habla de nosotros, que somos salvos por gracia, como la *poiema* “obra de arte” de Dios. Dios, el creador de la nueva humanidad, debe poseer una paciencia infinita para seguir trabajando en esta obra de arte extrañamente maravillosa que llamamos la iglesia, dado que siempre hay piezas nuevas por agregar y piezas viejas que se rompen o miembros que se niegan a aferrarse uno al otro. Este es un cuerpo que está constantemente en un estado de alteración precisamente por el éxito de la gracia. Este cuerpo pasa la mayor parte de su tiempo en rehabilitación; este templo está permanentemente en proceso de construcción. El Espíritu de Dios lo impulsa; el viento de Dios lo mueve, atrayendo y empujando, a veces desequilibrándolo, a veces derribando lo que es demasiado débil para mantenerse en pie, únicamente para levantarlo nuevamente cuando toda esperanza parece perdida. ¡Qué extraña obra de arte viviente es la iglesia! Ella ¡toda ella! - es la “unidad del Espíritu” que cobra vida.

Los anabautistas y el Espíritu

¿Qué afirmaciones y desafíos tiene esta comprensión del Espíritu para nosotros como anabautistas? Sobre todo respecto a ¿cómo tratamos con la unidad y la diversidad?

En primer lugar, los anabautistas estamos comprometidos con la paz. Podríamos discutir sobre lo que significa la paz en la práctica, pero la paz es fundamental para nuestra tradición. Es un componente central de nuestras *Convicciones Compartidas* (Artículo 5). Como lo es el Espíritu (*Convicciones Compartidas*, Artículos 3 y 5)¹ Sin embargo, tenemos mucho trabajo por hacer para conectar la *paz* con el *espíritu*, especialmente el tipo de paz profunda e integral de la que se habla en Efesios. El artículo 5 habla del “Espíritu de Jesús” que nos llena de poder para ser hacedores de paz y compartir nuestras posesiones. No obstante, todavía hay preguntas que debemos hacernos como anabautistas:

- ¿Están nuestro entendimiento de la paz y la construcción de la paz completamente fundamentados en la obra del Espíritu al unir a los extraños y enemigos entre sí y, más importante aún, con Dios, como vemos en 2,18?
- ¿Vemos nosotros a la iglesia, tanto en identidad como en misión, como el epicentro de la construcción de paz de Dios?
- ¿Se ven a sí mismos los pacificadores y constructores de paz entre nosotros como carismáticos, dotados y empoderados por el Espíritu? Después de todo, Gálatas 5,22 enumera la paz como uno de los frutos del Espíritu.
- ¿Vemos que la paz que Cristo encarna es la paz que reúne a extraños y enemigos en un solo cuerpo, como bloques de construcción de un templo, la casa del Creador?
- ¿Se ven nuestros evangelistas a sí mismos como proclamadores de paz y, por lo tanto, como hacedores de paz según el modelo de Jesús (2,17)?

Si el mismo Espíritu puede mantener unidos a los extraños y enemigos en un solo cuerpo, en un templo, ¿podría ese Espíritu mantener unidos a los hacedores de paz y evangelistas que hay entre nosotros? Todavía no estamos hablando de la paz como la que se encuentra en Cristo a menos que la diversidad entre hacedores de paz y evangelistas, activistas por la paz y fundadores de iglesias, sea reunida en la unidad del Espíritu y sea transformada de manera integral.

¹ Vea también la exploración escrita por el misionero, profesor y escritor Menonita, John (Juan) Driver, *Convivencia Radical: Espiritualidad para el Siglo 21* (Instituto para el Estudio del Anabautismo Mundial, Goshen College, 2011).

En segundo lugar, ¿tenemos una eclesiología, una concepción de la iglesia que sea fiel a dicha unidad? Como dije ayer, desde el principio, a los anabautistas, la diversidad nos ha generado cierta inquietud. Sabemos que nuestro compromiso de seguir a Jesús nos hará diferentes. Valoramos el inconformismo. No obstante, tenemos la tendencia a querer ser diferentes de la misma manera. Nuestro compromiso con la fidelidad a veces hace que nos sea difícil ser tan entusiastamente hospitalarios como lo es Dios con la diversidad de la humanidad que aún está quebrantada y enferma.

En tercer lugar, también nos genera una gran inquietud el Espíritu. Últimamente, el crecimiento a nivel mundial del pentecostalismo ha traído un renovado nerviosismo a algunas partes de la familia anabautista. A menudo lo vemos como demasiado individualista, favoreciendo la experiencia personal sobre el seguimiento de Jesús, el bienestar personal sobre el discipulado y la paz, por nombrar solo algunos puntos de inquietud. Todos estos son problemas reales con los que deberíamos lidiar. Pero nunca deberíamos ignorar la advertencia de Pablo: “¡No apaguen el fuego del Espíritu!” (1 Tesalonicenses 5,19).

Para conectar todo esto con nuestro tema de hoy, deberíamos ver la unidad – una unidad de hospitalidad radical y transformación de diversos individuos, grupos y pueblos – como una manifestación del Espíritu tan dramática y milagrosa como las lenguas y la sanidad. Sin el Espíritu no hay una “nueva humanidad”: no hay *aliento* en el cuerpo; no hay *energía* misional; no hay ningún *viento* que nos inquiete ni que cree espacio para el nacimiento del nuevo ser humano. No hay paz.



Lisa Packull creó esta pancarta para inspirar a los intérpretes en la Asamblea del CMM en Zimbabue en 2003. Ahora está colgada en la Primera Iglesia Menonita, Kitchener, Ontario, Canadá, la congregación local de Lisa.

El taller de la nueva creación que llamamos la iglesia es un espacio ruidoso, polvoriento y lleno de discusiones, *no* por causa del fracaso humano, ¡sino por el éxito de Dios! Dios quiere que estemos allí, todos nosotros, alejados y hostiles como a menudo lo estamos hacia los demás y hacia Dios. Esa es la perfecta unidad del Espíritu.

Mirar la unidad de esta manera significa que veamos todos los malentendidos entre Jesús y su círculo más íntimo de seguidores, todos los problemas en Corinto y Galacia, todas las tensiones entre Pablo, Pedro y Santiago, etc., como señales no solo de la fragilidad y el fracaso humanos, sino también del Espíritu obrando. Así también hoy en día. Nos gustaría hacer que la unidad fuera más limpia, más ordenada, más armoniosa. Pero esa ya no sería la unidad del viento de Dios ¡Muchos de los problemas que tenemos en nuestras iglesias son culpa del Espíritu! Están allí por aquellos a quienes el Espíritu acerca a la presencia del Padre (Efesios 2,18). Dios nos ha reunido, junto con

nuestras costumbres culturales, nuestros miedos y sospechas, nuestras convicciones y pasiones, junto con aquellos que no nos agradan o a quienes no entendemos, precisamente para re-crearnos y darnos a luz juntos como la nueva humanidad ¡Esa es la gracia que salva!

El Pentecostés llegará pronto, el 20 de mayo. En muchas de nuestras iglesias, celebramos el Pentecostés como el cumpleaños de la iglesia y, a menudo, también como una celebración de la misión, del alcanzar a otros. Esa es una celebración maravillosa. Efesios 2 nos dice que la iglesia y la paz son inseparables, alimentadas por la energía del viento de Dios que reúne todas las cosas, de modo que Él pueda tener un hogar con nosotros. Quizás podamos dedicar más conscientemente Pentecostés a ese milagro, incluso si la unidad del Espíritu exige hasta la última gota de fe, confianza, energía y resistencia que tengamos.

En el momento de escribir este texto, Thomas R Yoder Neufeld es presidente de la Comisión de Fe y Vida. Está jubilado como profesor de estudios religiosos (Nuevo Testamento) y estudios sobre la paz y los conflictos la Universidad Conrad Grebel en Waterloo, Ontario, Canadá.